



El elefante Matías

No le mires las encías

Al elefante Matías
el dentista le da tirría.
Y, por este motivo,
lleva sin ir un siglo.

Sus colmillos están raros,
lucen agujereados.
Parecen quesos *gruyère*;
de verdad, es de no creer.

Pero Matías resiste.
Y, aunque triste,
sigue sin ir al dentista
por miedo a la turbina.

Un día, conoce a Bautista,
que, además de dentista,
es un gran acordeonista
y también saxofonista.

Mecido por la tonadilla,
Matías se tranquiliza.
Saxofón y acordeón
han calmado su temor.

Bautista rellena los colmillos.
Unos rosas, otros amarillos,
cada agujero de un color
y ni rastro de dolor.

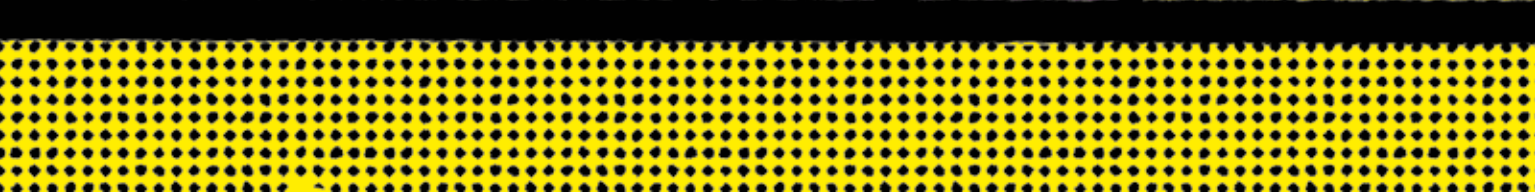
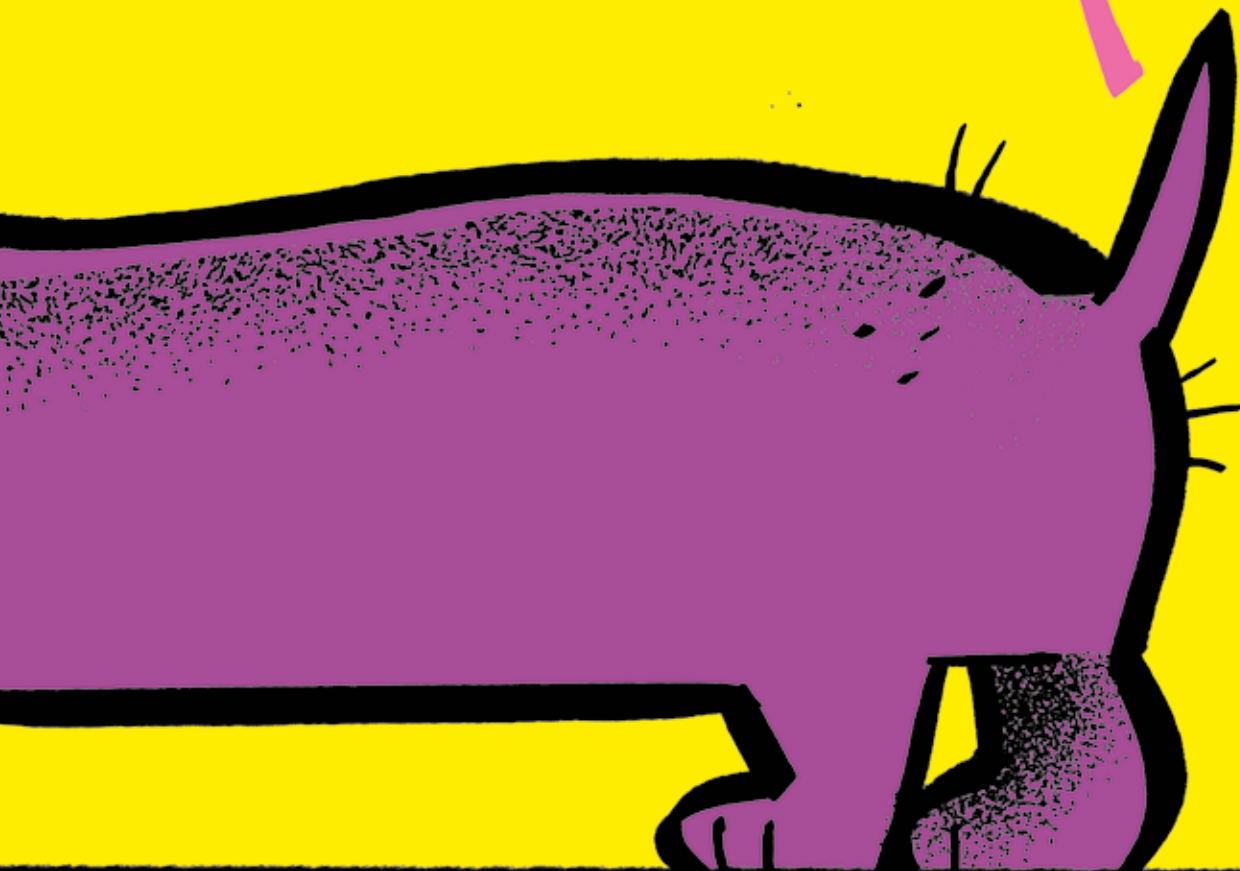
El perro Rodolfo

Un can sin principios

Rodolfo el desordenado,
de cerebro embrollado.
Un perro con las manos en los pies
y el derecho del revés.

Cuando dice SÍ
piensa NO con frenesí.
Si le pican las garrapatas,
se va con ellas de parranda.

Si tiene sed, come,
y si le pica, tose.
Si corre, muy tarde llega,
y si ladra, nadie se entera.



Es el tal Rodolfo
un can algo amorfo.
De eso le acusan,
pero es pura pelusa.

Pues ante tal memez,
Rodolfo se parte la nuez.
Cuando hay nubarrones,
moreno se pone.
Y en los platos de sopa,
lava toda su ropa.

Sí.



Iris Cienojos

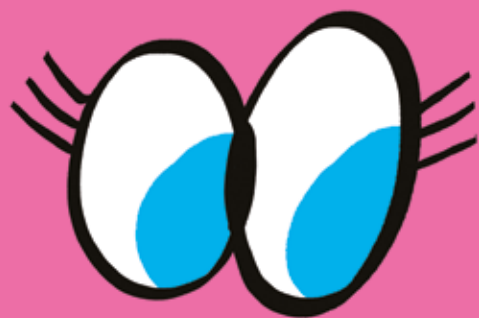
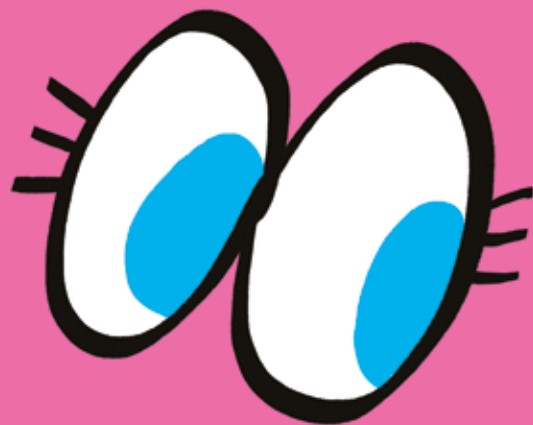
La niña del ojo

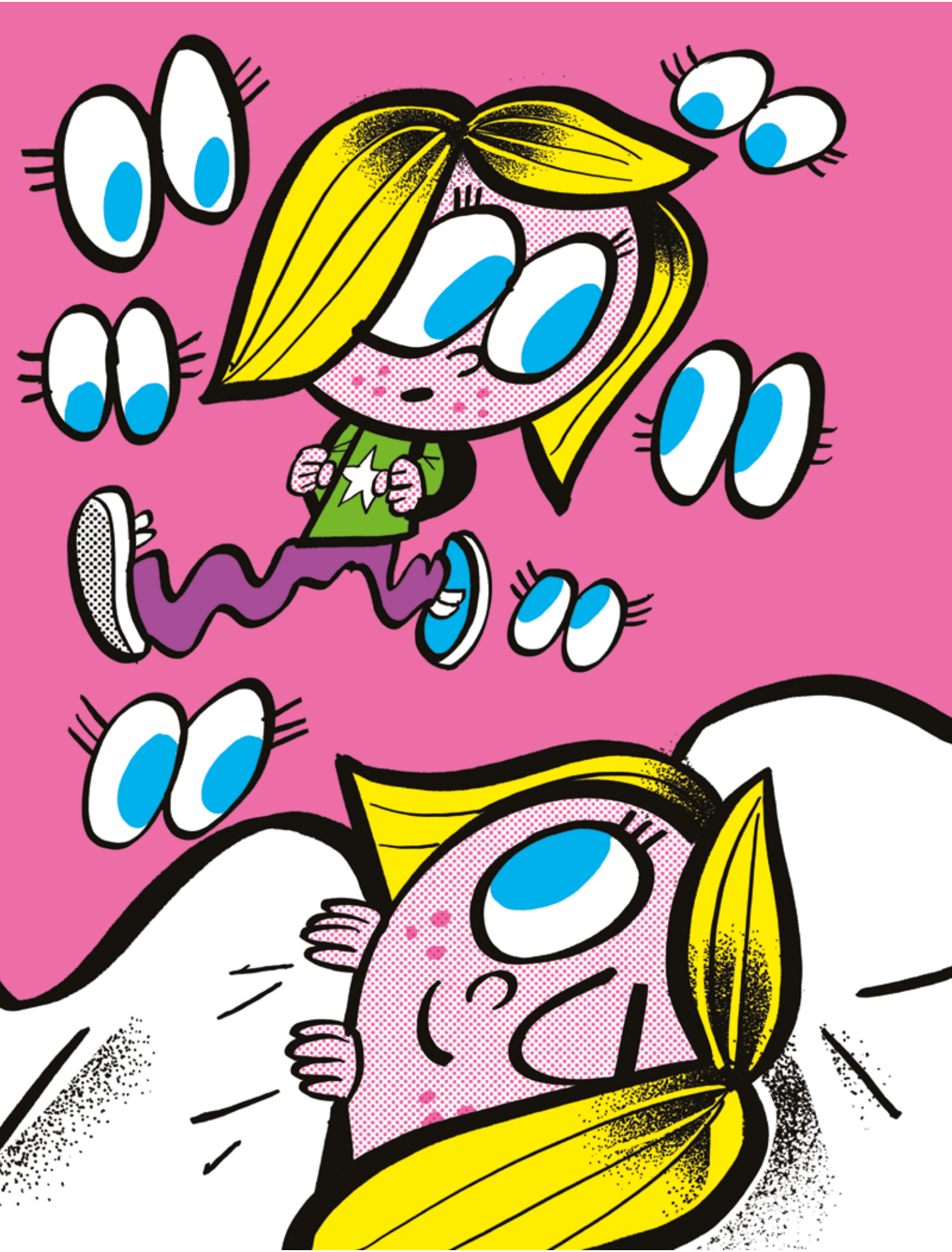
Iris había crecido escuchando estos quejidos:
“Hija, ve con ojo”,
“Ándate con cien ojos”.
Su madre se preocupaba y a mirar la obligaba.

En un abrir y cerrar de ojos, Iris se hizo mayor.
Pero siguió ojo avizor
y terminó siendo una señora muy mirada
que absolutamente todo lo observaba.
Con su ser siempre alerta
hasta dormía con un ojo abierto...

Tanto fue así que, ¡ojo al dato!,
empezó a amanecer con nuevos ojos chivatos.
Aquello no tenía freno.
Cada día, un ojo de estreno.
Para tanta ojera no había cara,
ni óptica para tanta gafa.

¡No se le escapaba una!
Era del control, una figura.
Se convirtió en jefa de seguridad,
la mejor de toda la ciudad.
Su visión total todos respetaban
y la Monstrua Legañas la llamaban.





Jacobo

El coco bueno

A Jacobo siempre lo llamaron Coco.
Desde que era un micrococo,
ya le decían “Hola, Coco”,
o “Díselo a Coco”,
o “Que viene Coco”.

Y Jacobo, para los amigos Coco,
vivía en estado de terror loco.
Su nombre le provocaba sofoco,
y de su sombra huía un poco.
Se tenía miedo de modo tontiloco.

Así que, un día de siroco,
fue a arreglar el descoloco
a un edificio muy barroco,
el Registro de Nombres de Monstruos y Estreptococos.

“Cámbienle el nombre al Coco”,
dijo con la nariz llena de moco.
“Llámenle Choco,
Croco,
Neumococo,
Párroco,
Diplodoco,
o Meningococo,
pero no Coco,
que yo soy presa de terror unívoco
cuando escucho en vez de Jacobo, Coco.”

Se tomó nota del descoco
y regresó a su casa el buen Coco
a esperar una carta del Registro de Nombres de Monstruos y Estreptococos.
Ayer no hubo respuesta, y hoy parece que tampoco.

